

resplandecen, ya los talentos y virtudes de nuestros inmortales caudillos, ya los padecimientos i sacrificios de un pueblo heróico, que ha comprado su libertad a mas caro precio que ninguna de cuantas naciones celebra la historia, la clemencia de unos, la jenerosidad de otros, i el patriotismo de casi todos. Adoptando bajo este respecto la opinion de un escritor distinguido, creemos que el «patrimonio de todo pais libre consiste en la gloria de sus grandes hombres».

Estas palabras serían el compendio de la vasta y noble tarea:

«En una palabra, examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes i las ciencias, i de completar su civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio i navegación, se le abran nuevos canales de comunicación, i se le ensanchen i faciliten los que ya existen; hacer jermínar la semilla fecunda de la libertad, destruyendo las preocupaciones vergonzosas con que se alimentó desde la infancia; establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral; conservar los nombres i las acciones que figuran en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo: he aquí la tarea noble, pero vasta i difícil, que nos ha impuesto el amor a la patria».

El examen de las tres entregas que hemos tenido la fortuna de hallar, lleva a la convicción de que la tarea se realizó a conciencia y tan cumplidamente como fué posible. La información científica tiene preferencia en el trimensuario. Las entregas revelan en Bello diversidad de conocimientos, sed insaciable de saber. El *Repertorio Americano* de Bello marca la buena tradición en esta clase de revistas: equilibrio de los estudios literarios y científicos. En una palabra, se trata de una revista de mucho mérito.

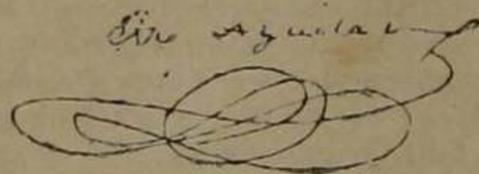
Volvamos al prospecto, tan interesante. Dice Bello en otra parte:

«Tendremos especial cuidado en hacer que desaparezca de esta obra toda predilección en favor de ninguno de nuestros estados o pueblos; escribimos para todos ellos, i el *Repertorio*, fiel a su divisa, será verdaderamente americano».

Por fin, la magnífica y alentadora visión del porvenir, que el tiempo va confirmando poco a poco, y sin la cual no es posible trabajar con fe, constancia y éxito en empresas del espíritu:

«Felices nosotros si conseguimos, en premio de nuestras tareas, que la verdad esparza sus rayos por todo el ámbito del nuevo mundo; que la naturaleza despierte al injenio de su dilatado sueño, i nazcan a su voz los talentos i las artes; que a la luz de la filosofía se disipen mil errores funestos; que civilizado el pueblo americano por las letras

i las ciencias, sienta el benéfico influjo de las bellas creaciones del entendimiento, i recorra a pasos gigantescos el vasto camino abierto al traves de las edades por los pueblos que le han precedido; hasta que llegue la época dichosa, en que la América, a la sombra de gobiernos moderados, y de sabias instituciones sociales, rica, floreciente, libre, vuelva con usura a la Europa el caudal de



La firma del prócer don MANUEL AGUILAR, como se halla estampada en la primera página del ejemplar que poseemos del Tomo Primero de El Repertorio Americano, octubre de 1826, Londres.

luzes que hoy le pide prestado, i, llenando sus altos destinos, reciba las bendiciones de la posteridad».

Nuestro modesto e incompleto *Repertorio*—trabajamos muy solos—tiene en el de don Andrés Bello una tradición respetable, un ejemplo y una guía que seguir. Algo de lo que en el antiguo se hizo tratamos de hacerlo nosotros. Por lo demás, otras preocupaciones nos llaman urgentemente en estos días: el problema de las futuras relaciones de la América sajona y la latina, la realización de la Anfictionía hispano-americana con que soñara el Padre Bolívar, la creación de fuertes y estrechos vínculos espirituales entre las cuatro Españas y los países latinos del Mediterráneo. ¡Hay tarea para tantos, si quisieran trabajar! Por lo pronto, los claros varones de la estirpe americana—y Bello es uno—desde el cielo de nuestra América vigilan, listos para la acción, porque hay mucho que hacer todavía. Seamos leales a su obra y a su memoria, escuchemos sus consejos y que ellos, los próceres, nos guíen por la recta senda.

gm.

Sobre un plagio francés de *Amalia*

Don Ventura García Calderón ha remitido a Julio Noé la carta que publicamos más abajo a propósito de la polémica que sostuviera en el *Intransigent* de París sobre el plagio de la *Amalia* de Mármol, por el escritor Gustave Aimard.

Inútil nos parece señalar la importancia que para los argentinos tenía la polémica, ni recomendar a los que pueden abastecer «de pólvora y de balas» a nuestro amigo, de proporcionarle los elementos para librar con todo éxito la batalla en que está empeñado.

Dice la carta de García Calderón:

París, a 20 de octubre de 1923.

Mi querido Noé:

Permítame que cuente a los lectores de NOSOTROS—o cuénteles Ud. en nombre mío—una menuda batalla campal que acabo de pelear en Francia por la gloria de José Mármol.

Pero no para jactarme de haber defendido a la Argentina, refiero esta polémica del *Intransigent* de París; sino en demanda de pólvora y de balas. San Martín defendió al Perú; ¿por qué un peruano de hoy no ha de treparse al matalón, con la pluma en la diestra, para mantener las glorias de Buenos Aires? Me dirá Ud. que la Argentina está ya libertada. No es cierto. Europa signe tratándola como la antigua España a sus colonias.

En un artículo de nuestra *Revue de l'Amérique Latine*, que hace dos años está llamando a toda puerta argentina, recordé mi sorpresa al comprar últimamente un libro popular de Gustave Aimard, titulado *Rosas*. ¡Era un plagio declarado de la *Amalia* de Mármol! Como los plagios están de moda, el *Intransigent*, de París, citó mi frase. Entonces el Sr. Albert Savine, conocido traductor—y nacionalista exasperado sin duda—arguyó que en el prólogo de la primera edición de *Rosas*, Aimard había confesado que se inspiraba en la obra de Mármol. Era una excusa honesta. Pero Savine añadía que el autor de *Amalia* había manifestado a Aimard su satisfacción de verse traducido y... despojado, sí, sencillamente despojado, pues el nombre del autor argentino desapareció de la cubierta del libro. Yo expresé en el *Intransigent* mi duda sonriente. Ningún escritor, si no es el santo Buda, acaricia con la diestra la cabeza del tigre que le devora el brazo izquierdo. Savine siguió diciendo que era altísimo favor para Mármol la circunstancia de haber sido robado, pues la literatura argentina era perfectamente desconocida en Francia... Las cosas iban a parar en la «Société des Gens des Lettres», tribunal de honor para estos casos, cuando Savine guardó silencio. Yo callé también. Si yo fuera argentino hubiera exigido que en las futuras ediciones de las novelas *Rosas* y *Mashorca*, de Gustave Aimard, se añadiera